

A un docenio de distancia

Primer parto

Mi punto de partida es el tiempo de doce años atrás; si tengo que explicarlo en una metáfora de tiempo, entonces podría describir una burbuja, yo adentro con una inmensa carga de contradicciones; a veces resuelta y en otras ocasiones dispersa. Una burbuja de muchos colores porque dese hace doce años no he podido salir de ella, ésta me retiene, me acoraza, me estimula, me duele, me lleva y me regresa en un constante absurdo, pero es mi espacio. Un síncope de tiempo, en el cual, otro conocimiento y otra realidad se ha abierto para mí. Una realidad en donde lo absurdo ya no es incoherente y sin razón. Ahora es una realidad materializada, sin embargo, al estar dentro de una forma, apartada, no puedo absorber toda la otra realidad que desconozco, claro, desde luego porque la ignoro, pero he ahí lo incongruente, una parte de mí la conoce, la otra no llega a aprehenderla.

De tanto bregar en estos doce años —doce años que son una cápsula del tiempo— ya vivo en un reloj de arena, y puedo sentir mis experiencias segundo a segundo como el suave polvillo silencioso, permanezco fija a los detalles. En él, discurro lentamente, aún así mis pensamientos se elevan lejos de mi realidad. En estos largos años, los más largos de mi infinito; las emociones, la razón y las lágrimas han formado una argamasa, después, una sustancia material de barro moldeado con la figura abstracta de la resiliencia. Ella, sin saberlo, se ha incrustado a mi desde el primer segundo de ese intemporal principio. Esa capacidad de entender la vida, de amarla a pesar de todo y de encontrarme en el lodo más profundo, y poder respirar.

Es en este pulso de respiración, después del síncope perenne que inspiro e insufló nuevamente vida. Y para concretar la acción, me dispongo a escudriñar mi docenio, transformar mi tiempo en palabra, letra y escritura. Transfigurar la abstracción en materialidad. Escribir un libro que pueda atrapar el camino del barro hacia su cerámica; llevar mi mente, mis emociones y mis recuerdos hacia el torno; moldear para esperar el fuego que terminará cosiendo cada frase del libro.

Escribir será un momento real. A mis cincuenta y dos años, siento haber retenido la respiración durante un largo tiempo y el libro será una forma de expulsar mis demonios, dar luz a mi intrincada historia a través del sendero de lo celeste; reconciliar con lo malo y con lo bueno al mismo tiempo. Será un ensayo en el cual pueda disertar sobre lo aprendido. Pero mi historia está llena de pasajes en blanco, armada a través de la intuición y de la conclusión. No puedo tejerla con el cien por ciento de los hechos porque parte de los hechos son los de otras personas... y de las de aquellas que odio. Por lo tanto, aunque me esfuerce en narrar todo el engranaje, siempre me faltará un pedazo de barro para moldear... Eso que odio, también es parte de esta realidad.

Narrar esta parte de mi vida implica discurrir por decisiones entre qué describir y que no, y también cómo hacerlo. Me encuentro "hecha bolas", no sé cómo ordenar la prioridad de pensamientos de esta historia. Lo único sobre lo que estoy segura es sobre querer empezar. Tal vez esto responda la pregunta: ¿en qué parte de tu historia te encuentras? En la parte de mi vida en la cual necesito concretar. Concretar no tiene sinónimo, durante estos doce años, mi vida ha sido una abstracción completa. Enajenada dentro de las causas y las circunstancias, me dedique a defenderme, a sobrevivir, a interpretar, adolecer y resurgir por instinto de sobrevivencia. Todo ello me impidió aterrizar proyectos, ya sea de estudio, de dinero, de pareja, en fin, todo aquello que implica una vida normal.

Y encima de todo ello, tuve la necesidad de aprender a reconocermelo como otra persona, una parte de mí no conocida, una realidad neófita. Por ello me es necesario concretar, para establecer y delimitarme como el pintor que traza, pinta, y da forma; colorea y da vida desde un trazo aislado en un bastidor blanco. Inicia con una línea y termina con un lienzo que habla de sí mismo. Al observarlo se reconoce a sí mismo. Concreta su espacio y su tiempo, pues así yo quiero concretarme, abstraer de este caudal de tiempo, la memoria, el color que me permita contar la historia. Escribir será una señal de seguir viva, porque necesito plasmar mis experiencias, contarlas a pesar de mis miedos por parecer una loca, y a pesar de esta etapa de creencias en las que divergen en un mismo cauce la ciencia y la espiritualidad; la religión y la autogestión espiritual; el ateísmo y el libre

pensamiento. Narrar, primero, para ordenar mi vida, y después, por difundir, por ayudar (si se diera el caso), por justicia y porque amenacé con hacerlo, así que, además de todo esto, debo cumplir mi palabra. También es parte del sentido de justicia, una justicia íntima.

Intuyo los tiempos se están cerrando, no en los términos del ahogamiento, sino en el conteo del tiempo que pasa a otro tiempo; un ciclo se cierra y otro va naciendo, es la figura del ocho horizontal del infinito, entrelazados no se sabe en dónde empieza uno y termina el otro. Por ello necesito concretar, porque el libro será un parto indispensable de tiempo y con el tiempo. En esta etapa de mi historia me encuentro en el noveno mes de mi propio Ser.

Mi nombre

Mi nombre es un color, un tono apropiado del Ser en una diversidad, mi nombre es coloratura que idealizó a mi persona. Mi nombre es largo, según mi criterio, es bello porque de tanto ser nombrado ya puedo resonar en él y aceptarlo como quien asume respirar la vida.

Sólo he sabido de la personalidad de éste, cuando en clase he escuchado la lista de nombres de mis compañeros, es curioso como uno mismo se identifica con respecto al resto de los colores. Así, mi nombre, adquirió personalidad al escuchar las tonalidades que de él emanaban y me diferenciaban de los demás en exclusividad, era mío y me vistió el alma.

Después pensé en la familia, los nombres de mis hermanas; también ellos configuraron la identidad de mi nombre, no solo por el matiz de su caudal, sino como un apellido individual. Por lo tanto, mi nombre adquirió personalidad cuando lo escuché llamándome en boca de otros. Sí esa soy yo, y si lo desgloso *Jé* «con acento en los asuntos de la vida», *si* «una sílaba siseante, buscadora», *ca* «el final, fuerte, tal vez hasta contundente, un remate de mi personalidad», *Jésica*, ese es el nombre del que me apropie, me da coloratura y me autodetermina.

Después comienza la sonoridad completa: *Ruth Jésica Segundo Hernández*. ¡Es un todo! ¡Soy el todo! ¡Me contiene! Ignoro si hubiese podido llamarme de otra manera; fue la astucia, la discriminación y el ensayo de otras sonoridades. Dos

apellidos circunstancialmente unidos, y a su vez, tejidos a dos tonalidades. Ambos nombres con raíces hebreas, y ambos adaptados al contexto de la lengua inglesa. El primero, igual a mi madre, adjudicado en un hospital y con el triste pensamiento de la posibilidad de un fallecimiento. En la familia se detentan dos nombres de pila, a mi nacimiento ya estaba designado *Jésica* y *Ruth* fue el abrazo de una madre en la pila del bautizo de una clínica. Por ello, mi nombre, *Jésica*, fue el seleccionado después del tránsito de la sutil y efímera muerte, el ganador cuya fonética se escuchó en los salones de clase, por las bocinas del teléfono y en la boca susurrante del amor. También se encuentra escrito en una hoja curricular y el certificado de estudios cuyo entrevistador lee ajeno e ignorante de la fortaleza que designa.

Jésica es el nombre con el que me asomo al mundo y *Segundo*, complementa el rasgo de mi cara; sí me veo al espejo, sé que no pude llamarme de otra manera. *Ruth*, en cambio, me gusta, me gusta mucho. En la universidad tuve una amiga con ese nombre, degustaba su sonido escueto y conciso, además, su tañido era distinto fuera de casa, por lo cual se puede concluir fácilmente que uno hace al nombre. ¿Y por qué si te gusta más *Ruth*, no te presentas así?, preguntan. Porque desde pequeña mi madre clavo en mi pensamiento que sería muy extraño dos personas con el mismo nombre en la casa. Me parece que eso fue un reclamo por el lugar que ella ocupa en ese nombre y la invalidez a un suceso de mi vida. Pero también, siendo más joven, me preguntaba cómo podría cambiar de personalidad, si yo, ¡ya era toda una *Jésica*!

Aquí cabe la anécdota, ahí dónde entregas papeles con tu nombre completo, quienes te nombran para cumplir un trámite o en una entrevista de empleo:

–*Ruth*, pase por favor.

Y yo en la luna, indiferente, sin responder, y después de unos instantes, percatarme que, ¡también esa soy yo!

A tal grado resultó apropiado el lavado de cerebro que me incorporé totalmente a *Jésica*, también por ello he jugado hasta con su sonoridad, inventando un pseudónimo para firmar mi poesía, *Ysik*. Constreñí su sonido como el alfabeto hebreo, –ello sin pensarlo así–, los alfabetos semíticos –también como el árabe– usan consonantes cuyas letras alcanzan otros significados. ¿Qué otros significados

alcanzan las palabras en la poesía? ¿Acaso un nombre no es el primer esbozo poético de una vida? ¿Los padres no contemplamos un sueño al seleccionar un nombre?

Pues esa soy yo, el segundo nombre con la fortaleza del primer apellido: *Jésica Segundo*, imperiosamente, no puedo reconocirme en la primera intención.

Jesi

Siempre me pareció demasiado cursi, un nombre en diminutivo denota cariño, sí, lo sé. Un diminutivo, pensaba, solamente puede utilizarse para atmósferas familiares, sin embargo, en la familia nunca cambiaron nuestros nombres a diminutivos. Katya, Katy; Jésica, Jesi; Leslie, ¿Les?, me parece que ya suena delicado. El punto es, si en casa no hubo sutilezas con el nombre –y no por falta de cariño sino por respeto a la selección del sonido–, ¿por qué habría de dejarme nombrar así? ¡¡Muchos paradigmas propios se rompen en la vida!!

Cuando alguien me ha nombrado de esta forma, me detengo a pensar si me perciben como una persona dulce o si es la influencia del cine norteamericano, finalmente es una voz anglosajona y el imaginario colectivo siempre está funcionando. Pero sí, he llegado a percibir la suavidad y el cariño de las personas sinceras. Los diminutivos son para eso, para denotar la fuerza de las emociones.

¿Y el resto de compuestos de mi nombre, *Ruth* y *Hernández*? Es evidente, la practicidad conduce a mencionar únicamente el primer apellido. *Jésica*, y estoy conforme porque *Ruth* envuelve la esperanza y *Jésica* la fortaleza de vida.

En fin, aunque sea omisa a mi primer nombre, lo nombro hacia mis adentros, y ello, me causa un desdoblamiento de personalidad: la omisa y la perseverante. Por ello creo que es un gran esfuerzo o quizá hasta desperdicio, el imponer dos nombres a una persona, a menos que sea un nombre compuesto, inalienable e inseparable, o que la persona pueda saltar de una pista a otra sin chocar o desconectar algún cable. La valía del único nombre, según mi perspectiva, radica en la fortaleza de apartar la duda e ignorar el residuo.

Admito que todo nombre tenga un rastro de historia, incluso imaginaria, incluso, algunas veces conmovedora.

No obstante, continuó abogando por la política de un solo nombre, aquél que no sea necesario dejar en él, el rastro de la historia y que permita atribuir a su usuario un nuevo origen, el génesis de un único compuesto, por ello nombré a mi hija solamente Leonora, un nombre poderoso como la luz.

Y con estas dos consideraciones termino, primero, ignoro si al reflexionar sobre mi nombre esto me conduzca a delinear rasgos de mi personalidad, bueno probablemente sí, tomando en cuenta, claro está, que la persona hace al nombre. Y segundo, aun con homónimas de mi nombre y apellido en otras partes, no existe un espejo que pueda arrojar color y sonoridad similar sobre MI NOMBRE.

Las lagunas de mi memoria

Es difícil atrapar la memoria cuando la memoria es tan escurridiza. No puedo recordar alguna frase, sé, la memoria puede ser asociativa, pero en estos instantes no hay nada a mi alrededor que pueda disparar alguna frase, las frases que me marcaron.

Tengo pocos recuerdos de la infancia o mi adolescencia, mi memoria no se alarga tanto como yo quisiera. No tuve una mala educación, no fui una niña consentida, fui una adolescente —si la adolescencia se puede extender a la preparatoria— descubriendo su mente, sus sensaciones, su rebeldía y con ello su entorno. No fue hasta el segundo año de la preparatoria donde pude finalmente darle rienda suelta a mi Yo. Antes, estaba condicionado a ser la hermana pequeña —aunque soy la de en medio—, cuya hermana mayor de tercero de preparatoria se afanaba en mantenerme con ella.

Fue hermoso descubrir una música que me gustaba y compartirla, amigos totalmente distintos a los “aprobados”, las pláticas sobre libros y la *filosofía de a pie* que ejercíamos en estos encuentros. Mi Yo se abrió como una flor y a ella llegaron complicidades de la edad. Es aquí en donde todos los valores aprendidos en casa se echaron a andar, fue a partir de la etapa del bachillerato desde la cual se comenzó a estructurar mi personalidad.

Desde luego siempre se tiene una forma de ser, una forma de ser innata. Podía distinguirla, cuando mis reacciones, mis pensamientos y mis conclusiones eran distintas a los demás integrantes de la casa. De alguna manera, mi personalidad estuvo dando vueltas alrededor de la esfera de mi familia, callada, silenciosa como una gata, absorbiendo también la identidad familiar a través de la vida diaria.

No, no creo que pueda recordar alguna frase, de algunos hechos sí, desde luego, pero la vida me ha llevado hasta aquí para entender que hay algunas cosas de las que no vale la pena atender en el presente, cosas nimias sin suficiente trascendencia, o tal vez sea la característica de mi mente abstracta que elude su narración.

De lo que estoy completamente segura, es de una madre siempre ocupada y un padre que no regresaba hasta tarde a casa. Hasta antes de la preparatoria, las comidas eran importantes porque los horarios nos permitían estar todos en casa, incluso mi papá llegó a trabajar cerca. Las comidas fueron importantes porque era el momento de estar juntos, aunque de pequeña no entendiera su trascendencia. Ahí nos reuníamos a jugar, mi padre era bromista y a mí me encantaba escucharlo, seguramente ahí fue donde mi mamá me preguntaba sobre el día en la escuela. ¿Qué podría haber de anormal en un día normal de primaria o después, de secundaria? Para mí, los días, aunque singulares por estar viva, carecían de sorpresas. Mi mundo era mi mente, mi imaginación, mis inseguridades personales y mi seguro entorno familiar.

Fue en ese entorno seguro, en donde me moldearon, el cual debe contener todas las frases como una larga película sin sonido que miro desde aquí. Tal vez fueron los silencios y lo que no se veía en casa, la estructura del molde de sabiduría que me guio en la vida —me refiero al contraste con el mundo de afuera—. Tengo la convicción que la burbuja en la cual crecí, no me preparó para la vida difícil, en cambio sí me preparó para la reconciliación con la vida; pero así es la vida, ¿o no?

Tengo imágenes de mi madre, preocupada por nuestro bienestar; con la comida, la limpieza o su trabajo como maestra de primaria. Me recuerdo siempre como una niña curiosa tratando de desentrañar el mundo, preguntando

constantemente a mi mamá ¿y por qué esto y por qué aquello?, o lo que fuera, y mi madre ocupada, contestándome:

—¡Ay no sé Jésica!, búscalos en el diccionario. Me gustaba leer los diccionarios, observar sus dibujos y descubrir nuevos conceptos y palabras.

También recuerdo a mi padre obligándonos a leer un libro titulado *Pregúntale a Alicia* (tres libros componían la serie, pobre Alicia), mi padre consideró importante su lectura porque se trataba de una jovencita que habiendo caído en las drogas “hecha su vida al traste”. Esa era la forma de estar cerca de nosotras, al pendiente, asegurando nuestra protección, comprándonos libros. Y vaya que me sirvió para distinguir los excesos y frenar la autodestrucción.

Sí, mi padre era ausente por el trabajo, también recuerdo su periodo de conflicto con la bebida, esa fue la etapa más difícil. Adulta ya, he ido descubriendo y trazando en una hoja en blanco la infancia pedregosa de mi padre. Él no habla mucho de sí mismo, apenas, ahora ya un adulto mayor suelta algunos comentarios personales, lo comprendo y lo respeto; entiendo desde mi perspectiva de adulta el trazo de vida de cada uno de mis padres. Los veo como un todo, también individuales y separados, y como pareja; ellos vertieron en mi vida su sabiduría innata y sus conflictos internos, son solamente hermosos seres humanos bregando la vida.

Nací en una familia muy femenina. Tengo tres hermanas, y todas somos muy distintas, así que mi primera visión sobre la vida fue tras la ventana de lo femenino. Desde las cosas más simples como la menstruación hasta la visión del amor —si es que el amor puede ser simple—, fue una ilusión completamente de género, de rosas, princesas y zapatitos; y menciono ilusión porque fue ilusoria hasta toparse con la realidad.

Conviví con ellas en distintas etapas de mi proceso de crecimiento. Por ejemplo, recuerdo a mi hermana pequeña, jugaba con ella mientras niña, y ya adolescente, me atreví a sorrajarle mis consejos de vida —jajaja de una adolescente mayor a una niña—, se dormía conmigo cuando tenía miedo y después de esa tranquila etapa de su vida, su adolescencia mutante se me aventó como un león enardecido. Me echó de su vida y yo tuve que vivir un duelo, fue mi primer duelo.

Con mi hermana mayor, distintas en gustos y criterios, me une la sangre. Soy el clásico sándwich de la familia, a ella la recuerdo cuidando a mi hermana la menor mientras yo solamente jugaba, ¿qué otra cosa podía haber hecho?

Tengo y tuve una madre tradicional que educó a tres niñas y que ha ido rompiendo sus moldes en la medida de lo posible, por otro lado, mi referente masculino fue el del protector del hogar, un padre lleno de vida y de energía. De tal modo, mis roles se establecieron, aunque mis propias conclusiones debidas a mi generación me fueron hilvanando hacia otras vivencias.

Por ejemplo, recuerdo en la casa no me hablaron de sexualidad hasta la menstruación, típico. “Ahora ya eres una señorita, y debes tener mucho cuidado porque puedes quedar embarazada”, aunque no supieses como carambas una niña puede quedar embarazada con una sangría. Sí tuve una clase de educación sexual en la primaria y la secundaria, pero nunca quedaron claros los hechos. Mi conocimiento sexual —que no el práctico en ese entonces—, vino de un libro sobre sexualidad que compré en la preparatoria, sabía que era un orgasmo, aunque nunca lo hubiese experimentado y desde luego tenía muy en cuenta el famoso periodo de embarazo aunque no lo necesitase en la práctica. Fue un libro que escondí debajo de la cama.

Debo aclarar, siendo mi madre una mujer convencional, también a ella le tocó librar sus batallas de género. Lo curioso es que tuvo que librarlas, no en su seno familiar sino con mi padre. En fin, yo vi, concluí, juzgué y ejercité mi visión sobre la vida a partir de este mundo femenino. Reivindiqué como a toda generación le corresponde, su lugar en el rol social. No, no recuerdo frases, pero sí pude observar los roles que en la casa se desentrañaban y ya, siendo adulta, aprendí sobre la fortaleza y la grandeza de cumplir con ciertos roles en beneficio del bien mayor.

Me parece que mi familia es silenciosa porque recuerdo a una abuela ocupada en sus actividades, no juguetona, no platicona con nosotras, sólo sé que era mi abuela. Por ello mi madre no es una amiga, mi madre es solamente una madre, una buena madre que aún me acompaña.

Las grandes frases las leí en los libros, las obtuve de las pláticas con los amigos, de los intercambios de libros o de los círculos de poesía. Los cursos por los

que me afané en asistir para buscar algo, más allá. Mi familia es un hermoso depósito de valores humanos, y fue lejos de ella, en la amistad en dónde encontré la fraternidad y la sabiduría de la palabra; al mismo tiempo, fue cerca de ella en donde cobraron vida todas esas frases.

Mi madre, mi padre y mis hermanas me dijeron mucho con su presencia en el trajín diario donde se cuece la historia de una familia. Cada quién con su convicción sobre la vida, tejimos un largo telar donde todavía seguimos arropándonos y agregando nuevos tejidos con los hijos y los sobrinos. En este punto crece todavía más el “ejercicio de la sabiduría personal”. Al educar a nuestros hijos y sobrinos, devolvemos el regalo que nos dieron nuestros padres, aún más, lo acrecentamos porque a ello sumamos nuestra experiencia. Este telar familiar es mi gran soporte, mi gran recuerdo también de recuerdos futuros; siempre me dirijo a él en los momentos más difíciles. No tengo que decir nada, simplemente sé que me sostiene; somos una familia con buenos encuentros y álgidos desencuentros que siempre busco para re hilar nuevamente el tejido familiar.

Las grandes memorias son para atesorarse en las emociones, tal vez por ello algunas se ignoran, o tal vez, las memorias se mezclen para dibujar un recuerdo a modo. Ahora que mis padres son adultos mayores, me preocupo por ellos, estamos juntos para cuidarlos, por eso sé que, en medio de esas lagunas de mis memorias, debieron de haber sembrado el mejor libro, y la mayor sabiduría de sus vidas.

Frente al espejo de Jung

Son los tiempos de las soledades... Una soledad interna y otra externa; la del espejo y la intimista. La figura del espejo me sostiene con la cabeza ladeada, por el rabillo del ojo puedo contemplar la presencia de los años, ellos encierran todo lo absoluto que soy.

Recorro con mis ojos desde la punta de mis pies descalzos y hasta la coronilla de la cabeza, la ropa cubre mi persona un día a la vez; un día vestida de ocupaciones. Al acabar la jornada, el espejo devuelve mi persona mientras las ocupaciones caen por las noches, y levanta nuevamente mi figura matinal, para vestir la imagen al comenzar el ciclo.

Quién soy en todas esas facetas, podría preguntarme, aunque sería ocioso porque en estos momentos de mi vida no tengo facetas; tal vez porque me encuentre en una etapa de reencuentros conmigo. Todas las facetas del crisol se han juntado en un solo espacio, en una sola imagen frente al espejo sin tiempo.

Soy todo un conglomerado porque he pertenecido a la masa de todas aquellas mujeres cocidas en el vientre de las generaciones pasadas, y pasadas, y anteriores. De generación en generación, desde el principio de los tiempos, las mujeres hemos amasado esfuerzos, nos hemos expuesto, hemos conocido y actuado, transformando nuestros ámbitos, ganando batallas que no fueron enseñadas en el seno materno porque las anteriores generaciones no tuvieron la experiencia de la vivencia presente. Pienso, simplemente, vencimos espacios de lid porque lo aprehendido “en casa” forjó el metal de hierro, base de la solidez de todas y cada una de nosotras. Esa soy yo, la que me correspondió ser.

Ahora, para este ejercicio, tomé de manera automática el significado literal de la palabra alma, ¿por qué? Supongo que fue así porque es lo que estoy viviendo en tiempos presentes, mi encuentro con mi Amada Presencia Yo Soy, mi alma, y este párrafo lo he redactado al final, para conducir el enfoque de mi escrito.

—Hola, me saludo en tiempo presente y me observo mientras extendiendo mi dedo índice hacia mi espejo mental. Toco la superficie fría, y al desdoblarse la imagen del dedo sobre el espejo, me permite penetrar en la conexión del Yo; me miró a los ojos, dejo de observar mi identidad física y trato de detenerme en mi identidad álmica. ¿Quién soy yo? ¿Quién es ella? ¿Cuántas más vidas desconocidas, para mí, han atravesado en esta Tierra? ¿Cuáles de todas las yo se han vaciado en esta vida presente? ¿Cuál de ellas es más fuerte?

Regreso los ojos hacia los pies y observo detenidamente su fisonomía, ese rostro de cuerpo que se encuentra en cualquier resquicio de mi cuerpo en el que miro, es mío, sin embargo, le pertenece a ella, a esa alma larga, duradera e infinita. Le pido que se quede conmigo, ahí dónde ella se encuentre, quiero, alargue sus brazos de espíritu para abrazar mi cuerpo y así sentir la inmensidad del anhelo de vida.

Me veo en el espacio siendo inmensa con el espacio; oblicua entre lo eterno y lo terreno. Miro la hermosa eternidad de vivir, siento irradiante la forma de la ubicuidad. Mi espacio se vuelca en un remolino de blancos y diminutas centellas de colores; por donde navego llego, no sé en dónde me encuentro, pero me establezco en la frontera de algún lugar. Querer salir, salir de este cuerpo, dejar mi vida y atestiguar todos los tiempos en todas las dimensiones, ser cada vez más YO, en vez de ser más yo.

Me miro otra vez en el espejo y la imagen del remolino blanco regresa, unas manos muy grandes aparecen y se extienden hacia mí —las clásicas manos masculinas— será lo eterno masculino, ¿dónde se encuentra lo eterno femenino? Entonces, aparece una mujer vestida de blanco de cuerpo entero difuminado en el torbellino, me extiende su brazo, después se gira y camina para perderse en medio de lo blanco.

Indica que la siga y yo la sigo, infantes pasan a mi lado izquierdo —no se mueven, nos deslizamos en una atmósfera azul añil brillante—, son pequeños, con un corte hasta la nuca de pelo lacio de distintos tonos, no sé si sean niñas o niños, también visten de blanco, pantaloncillos pegados al cuerpo, faldones acinturados de mangas cortas y hasta las rodillas —los veo de espaldas— una de ellas de cabello cobrizo me rebasa, gira su cabeza y me sonrío. Yo no puedo verme, pero sé que estoy ahí puesto que puedo observar lo que acontece. Entramos en una atmósfera azul de cielo intenso, veo un cielo abundante de nubes blancas, árboles, muchos árboles y a ella otra vez, la mujer de blanco sentada en una especie de trono natural en un oasis en medio de los árboles. Extiende de nuevo su mano sé, me pide que me acerque. En su mano hay un huevo dorado que me obsequia, es la vida.

El huevo se abre, se convierte en flor de pétalos medianos, largos de tonos rosados-naranjas; caen sobre su palma, en medio se sostiene un colibrí que bate vigorosamente sus alas. El huevo se cierra, ella, la dama de blanco de pelo largo y rubio con velo me sonrío. Contemplo mis manos sosteniendo el huevo cerrado a la altura de mi pecho. Regreso vertiginosamente de espalda al espacio oscuro de

estrellas, solamente que ahora me veo con pelo negro a los hombros como uno de esos niñas-niños.

Regreso frente al espejo, su reflejo me devuelve en sombra y luz, ahí también se encuentra en primer plano el infante, delante de las sombras y la luz con los brazos extendidos y el huevo abierto con su colibrí batiente. El rostro del infante, mi rostro, es de enojo. O tal vez sea de fuerza, podría ser que me confronte para que tome el huevo de la vida. Ahora sonrío conmigo y el colibrí deja la flor, veo sobre mi mano —mi mano adulta— posarse al colibrí. No lo sé, creo que me sonrío y se va. Ahora estamos los dos frente al espejo, yo, en esta vida presente y el niño-niña. Extiende hacia arriba su brazo derecho y me toma la mano. Ésta es la imagen que me devuelve el espejo: ella-él tomando mi mano izquierda, atrás de nosotros la sombra va desapareciendo mientras la luz asume su lugar. Siento paz.

A mi mente regresa la dama de blanco, ahora me sonrío también, no estoy frente al espejo, la veo recogiendo unas frutas del suelo no muy lejos de su trono. Me ofrece una fruta parecida a un durazno de textura suave, la muerde y me invita a hacer lo mismo. En ese instante, la imagen cambia y me veo recostada en medio del espacio... Me observo con los ojos cerrados y como soy en el presente, flotando en esa inmensidad desaparezco en la espesura de las estrellas.

Al releer mi escrito con la intención de corregirlo, la inmensidad de su simbolismo se reduce a mi pequeño entendimiento. Creo, acepto el huevo de la vida álmica en esta vida, así como su función de vida; asumo mi identidad de espíritu en esta carne. Solicito el regreso del colibrí que son mis dones. Si acepto mis dones, la oscuridad, como la vi en el espejo podría irse. Las niñas-niños son almas por encarnar; las manos de hombre son... La Dama de Blanco también soy yo; la fruta, he probado alimento del lugar de mi origen, por ello desaparece mi imagen terrena, la imagen del espacio de mi yo terrenal se ha ido, sin embargo, respiro.

Me pregunto si todo lo anterior descrito ha respondido mis preguntas iniciales. Probablemente me he dejado ir por una imaginación junguiana, aunque Carl Gustav Jung siempre estuvo cerca del espíritu. En todo caso, parece ser que tuve una experiencia de “meditación despierta”. En fin, esa soy yo frente al espejo, ¡el espejo ha hablado y yo acepto su crisol!

La vida es un discurso de objetos

Los objetos, las personas y las imágenes sujetan su propia esencia. Sin embargo, la experiencia que nos regalan logra colarse por la retina de lo propio. Una flor, una piedra, una medalla, una imagen capturada en una foto guarda, enajena y mezcla el aroma de su propia materia con la substancia de nuestras identidades; hacemos de lo lejano, lo cercano, significamos lo intrascendente y retenemos lo pasajero para grabar la memoria en un objeto.

Los objetos son nuestro discurso, los obligamos a contener los fragmentos de nuestras emociones. Andamos por los caminos recogiendo el olvido y su palabra muda que es la nostalgia. Por ello los retenemos, porque salvaguardamos la palabra de esa experiencia vivida.

Mi vida es un discurso, cada objeto resguardado conforma el abecedario de mis experiencias, aunque debo confesar, algunos objetos han sido borrados de mi diccionario. Sí, podríamos describirlos así también, ya que arrojan profundos significados de alguna etapa de mi vida, ¿acaso no nos autodefinen cuando regresamos a ellos? Tal vez se retienen porque forman parte de nuestro autoconcepto y nos miramos y nos redefinimos en esa definición precisa del momento; igualmente, es probable los olvidemos en un cajón para regresar a ellos por accidente o por intención, no importa el motivo, siempre palpitan en el corazón, son objetos vivos, la lectura entre líneas del discurso de mi día a día.

Recuerdo haber guardado las camisetas autografiadas del último día de tercero de secundaria, ¿cuánto tiempo las retuve? Si no mal recuerdo, en la preparatoria las deseché, al igual que aquel cuadernito escrito de intensas o desdibujadas despedidas. Lo real es lo real, la amistad debe conservarse latente. Deshacerme de esos detalles de secundaria significó para mí, percatarme de que las personas permanecen por circunstancias, el delirio de la belleza de la amistad se trabaja para que pueda conservar el fresco aroma de la compañía.

Por ello me deshice de esos objetos, en lugar de representar una forma viva, se convirtieron en un espacio absurdamente estorboso. Mis amigas, las que decidimos quedarnos, están cuando deben de estar. Cada una con su vida, incluso

pausando la amistad y refrendando después aquella historia que empezó en secundaria. Nada es gratuito, una palabra, una sonrisa, una broma en aquellos años fue empatía auténtica. Siendo así, si la amistad es un objeto que se esculpe, esas palabras escritas en la camiseta y el cuadernillo nunca se perdieron, en cuyo caso borré de mi vida todo escrito intrascendente.

Por el contrario, guardo unas fotos y algunas cartas de otra persona de mi etapa universitaria, las guardo precisamente porque nuestra amistad se trunció. Fue durante este docenio de eventos, por culpa de estos eventos, y guardo sus cartas y alguna fotografía para demostrar que sí fue mi amiga. Es un caso contrario de mi discurso anterior, la amistad no está viva y me aferro a esos objetos para observar las pérdidas de este camino, es la incompreensión lo que retiene esos objetos. Algo del corazón se volvió en mi enemigo, ¡éramos amigas! Aquí los objetos tienen otra semántica: la carencia de la sustancia viva, se convierte en el objeto muerto; retengo de manera simbólica el pasado para comprender el presente. Sé que algún día las arrojaré al sesto de basura, aún no es tiempo, aunque el tiempo se acerca.

¿“Retengo de manera simbólica el pasado para comprender el presente”?, esta frase me conduce a la imperiosa necesidad de hablar del presente de algunos objetos. No puedo evitar reflexionar sobre la relación de la naturaleza con la mujer [*Algunos objetos que suelen mencionar las Talladoras son una rama que encontraron en el jardín y que les pareció diferente*]. ¿Será únicamente y propio de la mujer? No claro que no, aunque sí me parece un encuentro muy asiduo. Me pregunto si la esencia, el principio de la naturaleza conecta con la esencia y el principio de la mujer, con aquella parte que es madre en su biología, origen de alguna causa como el ser de una vida.

La vida en sí misma es una ofrenda del presente, no es un objeto, mucho menos materia inanimada, por su lado, la naturaleza representa también ese pulso de vida, incluso después de vida, cuando la materia yerta de una rama yace arrancada en el suelo. Una rama representa forma y continuidad, quizá encontramos en ella el origen y el principio de nuestra biología. Yo también conservo una rama, a mí también me habló la naturaleza, conservo dos delgados troncos de escasos veinte centímetros, tienen en su superficie lo que podríamos denominar

símbolos, desde luego ha sido la naturaleza quien ha rasguñado en su superficie. Los hallé en distintas ocasiones en el Bosque de Tlalpan, indudablemente estas formas en la naturaleza nos hablan, conectan y jalan nuestras miradas.

Quiero pensar que nuestros sentidos insertos en un medio natural operan de distintas maneras. Cómo es posible que entre el paisaje pardo y verde de tímidos matices podamos hallar aspectos relevantes de la naturaleza. Al caminar entre sus veredas, intimamos con ella, nuestros sentidos se vuelcan hacia sus objetos, así terminamos encontrándonos e identificándonos en ella. Su materia viva nos devuelve al origen, su objeto inanimado es tiempo presente. Nos prendemos a ellos ya no como objetos inertes porque nuestra consciencia nos une a la vida con la naturaleza. Los objetos de la naturaleza son objetos de existencia presente, no representan el pasado, no tienen reflejo con algún recuerdo sino con el tiempo vivo del origen, aquél que no tiene espacio en la verticalidad del tiempo.

También conservo un pequeño ramo de rosas blancas que me obsequié cuando cumplí cincuenta años, esa edad detenta el simbolismo de la mitad de la vida, aunque se aspire o no a la centena de años. Lo conservo en un mueble de mi cuartito junto con unos cuarzos blancos, una rana de ónix, algunos objetos de cerámica a mano y desde luego mis tronquitos. Es un espacio propio de mi naturaleza, no es un altar, solamente es mi espacio de objetos vitales.

Asimismo, preservo muchos otros objetos como una blusa de encaje singular de mi madre; un anillo regalo de su padre ahora en mi mano; su libro impreso en papel biblia con poesía de Bécquer; fotografías, muchas fotografías de mi hija, un trozo de cabello de su primer corte de pelo, su pulsera de reconocimiento del hospital al nacer con sus apellidos, y un par de prendas de vestir que espero vistan sus hijas —si es madre y si tiene niñas—. También resguardo sus espontáneas palabras, casi poéticas, que grabó en un celular en el carro mientras nos dirigíamos hacia algún lado, dibujos, letreros a mano; la guardo a ella en mi corazón con su mirada dulce y sus atisbos adolescentes. Conservo libros que aún no he leído; libretas medio vacías; dos postales que me regaló un chico en la preparatoria: una con imágenes indúes, otra con una estampa del renacimiento. De mis novios no conservo nada, tal vez porque a ellos bien valía la pena conservarlos vivos y sobre

el padre de mi hija, continúa siendo una memoria viva. Ah también me gusta recolectar separadores de libros, ya sean feos, viejos y novedosos; incluso me gusta armar y conservar mis propios separadores de listón, chaquira o figuritas. Me gusta verlos colgados entre las páginas de mis libretas y libros o en algún picaporte de puerta. Sobre el acervo familiar, mi madre ha decidido repartirnos el recuerdo fotográfico de sus memorias a cada una de sus hijas, pero más adelante, espero recibir parte del fondo activo de la memoria fotográfica de mi familia, será un mano a mano, una lucha bizantina por el poder casi religioso que ejercen las fotografías icónicas en familia.

En fin, colecciono objetos diversos sin clasificación alguna porque en ellos me recolecto a mí misma. Incluso compilo imágenes, artículos, videos, audios, música, revistas y libros, parte de mi propio extracto que me arroja la triple www... Nunca termina mi autoreconocimiento porque soy una perpetua coleccionadora en tránsito y discurso.

Muchos objetos son singulares, particulares, exquisitos y dignos de ocupar un espacio entre mis rincones, podría clasificar entonces los objetos en largamente coleccionables y dudosamente resguardables; además, sé que vendrán más objetos —palpables y digitales—, pero no se puede preservar todo, se acumulan los discos CD grabables que resguardan también mi currícula profesional y se acaban los espacios físicos. Parece ser que el mundo digital y tecnológico nos resguarda de la mentira de no cargar el peso de sus objetos, incluso en la nube, a su vez, los espacios físicos corren el riesgo de hacerse inhabitables. Coleccionar, de ser posible, solo es un vicio momentáneo.

Así pues, concluyo que la vida es un discurso de objetos, escribimos y reescribimos con ellos porque no importa su forma ni su temperamento; su calor eleva nuestra temperatura retentiva al tocar, oler, leer, mirar, palpar, recordar, sostener, soslayar, intuir, encontrar, reflexionar, perder, hallar, resguardar, llorar, anhelar, palpar... y de vuelta... tocar, oler, leer, mirar, palpar, re... Somos nuestro propio discurso cuando nos acercamos a ellos.

La sustancia del deseo

El deseo obedece a la sutil forma por la cual un ser humano traza o delinea inconscientemente su futuro, de hecho, podríamos referirnos al destino.

La vida se conduce entre intenciones, acciones y consecuencias, así, en ese orden. Sin embargo, en algunas ocasiones los actos de otros nos abren, nos cierran o nos bifurcan los caminos. Y es en estas situaciones, creo yo, el punto en el que la sutileza del deseo ha delineado el destino; su perspicaz voluntad sortea los obstáculos y nos devuelve a la ruta del deseo origen. Por lo tanto, se podría concluir, el deseo se encuentra incubado en una especie de matriz personal que nos permite desear lo que deseamos y llegar a dónde llegamos.

Además, el deseo es un guión adaptado a nuestra edad y contexto, es una fantasía. Son deseos determinados que se adueñan de nosotros en edades determinadas. Y, por si fuera poco, tenemos los deseos “de intención”, aquellos que, sin importar la edad o la hechura del mismo, acometen a la realidad con el propósito de someterla a voluntad para sus fines y logros. *Sea pues, el deseo, una sustancia tenue y delicada, al tiempo de ser fuerza y voluntad.*

Un deseo también es vacuo en tanto no se realiza o se ve satisfecho, aunque su vacuidad al mismo tiempo es la espesura de un espacio o una nada pariendo algo, es decir, el principio y el origen de una forma. Es así porque el concepto de este deseo vacuo adquiere un tono de búsqueda, infiero, los deseos son rastreadores de nuestras virtudes y tienden a explorar nuestras carencias tanteando los caminos. *Los deseos nacen para ser contruidos.*

Concluyo por ello, los seres humanos deseamos, deseamos por doquier, amamos incluso desear porque es la forma más humana de alentar la vida. Podemos incluso desear lo irrealizable, cinco minutos sobre alfombras mágicas atravesando pensamientos y siempre seguros del regreso a la realidad. *Escapar sobre un deseo es muy parecido al acto de respirar.*

Inhalo... y exhaaaaalo... también por ello veo, huelo, toco y escucho la vida. A cada respiro, un aliento; mi cúmulo de deseos o mi deseo particular ha escrito claramente las instrucciones del camino. Por andar haciendo camino con el deseo a cuestas,

no vi la guía de sus intenciones. Para mí, así son los deseos; imperceptibles y grandilocuentes, la nada y el todo; cuatro tonos al unísono.

En mi vida afloraron muchos deseos, algunos se hicieron realidad, otros, me decepcionaron. No fueron como yo quería, desde donde los creaba se miraban distintos. *Los deseos siempre se encuentran en altas montañas.*

Casi todos mis deseos han sido pasajeros, incluso ya los he olvidado y ahora puedo dar cuenta de su pequeña importancia. Confieso que he aprendido a no desear nada. Mis deseos verdaderamente importantes son aquellos que nutren mi vida común, los del día a día. En todo caso, *la ganancia del esfuerzo y la sorpresa de lo inaudito son mis deseos más cercanos, mis hechuras más hermosas.*

No quiero ser arrogante, ni fatua, ni postulante. Sonará a santidad, quise realizar muchas cosas pero no las hice, sin embargo, en mí, siempre, siempre, siempre, desde pequeña, en mis deseos e intenciones, deseaba ayudar. “Te ayudo, te apoyo, te entiendo”; no fundé asociaciones, tampoco me involucré en grandes acciones. Mi coto invariablemente fue la gente cercana; mi familia, mis amigos, la gente de paso por mi vida. Ese es mi único deseo, creo que es el único deseo realista para mí.

Desde luego incluyo aquellos deseos universales de paz y justicia; la distribución de la riqueza y la erradicación del hambre y la pobreza; un mundo menos malvado y más compasivo. Sin embargo, lo cercano y realizable es donar una pequeña moneda en la calle o un litro de leche para aquél que en mi camino se cruce. Ya desde niña me dolía la pobreza.

He sido inconstante y muchas veces materialista, y no, no es yerro buscar el bienestar y algo más, pero en contraste con estos dolores, reconozco que he hecho muy poco. Hago lo que puedo, aquello que cruza mi camino.

Es debido aclarar que la sustancia de mi deseo ha estado siempre en mí, a pesar de lo dicho anteriormente, mi apertura de consciencia me ha expuesto ahora un actuar desconocido para mí. “Mi Amada Presencia Yo Soy”, ha estado muy activa, ha sido ella la actuante en la ignorancia de mi prima realidad, no obstante, al cursar estos doce años la he sentido y la he intuido conducirse. Ahora me explico tantas experiencias, emociones, dolencias y hasta distracciones, ella es la otra y al

mismo tiempo Yo. Aún me quedan muchos efectos por aclarar, a saber, de manera más directa y desde aquellos que lo vivieron del otro lado. No importa, me siento mejor en mi afán, porque éste se realiza de alguna manera, *mi deseo, es uno mismo conmigo.*

Las palabras son corceles que...

Creo que tengo muchas palabras mágicas: una sería “tranquila”, otra más, “tú puedes”. “¡Diviértete!”, a mi hija, al dejarla frente a la puerta de su escuela. “Válgame San Timoteo”, “Rayos y centellas”, o, a lo Porfirio Días para organizar mi día: “Orden y progreso”. Hoy recuerdo estas palabras, hoy, soy estas palabras.

Me encuentro tejida de muchas palabras, pero prefiero traer a mi memoria una frase importante que creció conmigo desde pequeña. A nadie se la escuché, no la susurraron a mí oído, ni me la dieron como lección. Yo la construí por conclusión: “No le hagas a los demás, lo que no quieras que te hagan a ti”. Es una frase común que no la escuché hasta qué crecí, en todo caso, me parece que forma parte de la sabiduría humana.

Mi frase fue una gran guía para decidir sobre mis actos. Me fue necesaria para entender la definición de mis valores. Pensar en ella para aplicarla, implicó siempre ver con mayor claridad la realidad y mis sentimientos.

Un pensamiento más ha capturado mi ser en estos últimos años, es una frase del filósofo Séneca: *Imperare sibi maximum imperium est*, la cual significa: “Gobernarse a sí mismo, es el gobierno más difícil”.

Hoy, por ejemplo, escuché una frase muy bella de Eduardo Galeano:

Yo pensé que estábamos compuestos de átomos, pero me di cuenta que estamos compuestos de historias. Las palabras se nos arrojan diariamente ¿cómo puedo decidirme por una?

Otra sentencia que me encanta es sobre la música, acabo de leerla hace algunas semanas, es la definición dada por Confucio: “En la música se funden la razón y el sentimiento”.

Y ya que todo recuerdo tiene un nivel asociativo o un sentido vital, me pregunto por qué recuerdo o selecciono estas frases al intentar definirme. Supongo,

primero se debe, a que en mi pilar de vida se encuentran siempre los valores para actuar; después, y en el orden mencionado, la frase de Séneca, me refieren al empeño y afán arado en estos últimos años para salir adelante; posteriormente, se encuentran las frases del gozo. Para mí —como seguramente para muchos otros— las palabras y la música forman parte de un espectro comunicativo, son en mi haber, un reflejo de la paz, el arte, la expresión y el placer de la intimidad con uno mismo.

Sean pues estas frases un recuento pequeño de mis memorias cercanas ya que las palabras que me habitan, hoy, no las puedo mirar todas. Ellas se encuentran fugaces, apenas si están asomando las narices.

Quedan escritas mis pequeñas tipografías, las dejo vestidas de remates, círculos y rectas. Son ellas mismas y están en boca de todos, empero, cuando salen de la boca de mi memoria son solamente mías. Por ello cierro con una frase construida hace algunos años, la cual encaja perfectamente con el tema: “Las palabras son corceles que galopan pensamientos, las letras, sus jinetes”.

Galería

Mi primera vocación fue existir. Redonda y diáfana a la luz de mi primera visión abrí mis ojos a la intuición de vivir mientras la sosegada calma del claustro materno coloreaba mis esfuerzos.

Aprender es la innata vocación de todo ser humano. Absorbí el mundo que me rodeaba mientras mi imaginación pueril construyó sus efectos y sus afectos. Crecí, pinté el mundo con crayolas y algodón en largos cuadernos infantiles de tiempo presente. Todo era ilusión, juego, desenfado e incomprensión de lo que no era inmediato.

Al crecer, me fui ilusionando con el mundo exterior y fantaseé con su construcción. Tracé mis primeras pinturas con plantillas de la realidad. Usé bailarinas en patines nada más al aprender a patinar y pinté bastas maestras calcadas de la figura de mi madre. También volé con bailarinas de ballet mientras mis piruetas trazaban círculos por el piso; más de una vez me caí y más de una vez lo intenté otra vez. En la pequeñísima galería de reproducciones de mi casa, existe aún una copia de los tantos cuadros de las bailarinas de Degas, recuerdo mirar



atentamente la textura de cartón del cuadro y relacionar al cuadro las escuchas de los discos de la *Colección de música clásica del Reader's Digest* de mi madre.

Después, he sido afortunada al elegir vocación, aunque mi inconsciente efebo no me haya permitido entender la extensión de mis habilidades. Supongo, las elecciones hechas, cada una a su tiempo, fueron la punta del iceberg de la galería de pasiones, afinidades y encuentros de mí misma. Aún no puedo terminar de geminar en la amplitud de mis galerías. Salas y cuadros, imágenes fijas y en movimiento podrían describir el imaginario colectivo de mi propia invención.

Yo, me he inventado en el diseño, en la factura de los libros, el baile, el conocimiento, el juego, la música, el ejercicio, la lectura y la escritura. Pero también me he perdido. Me he hecho invisible en todos y cada una de esos espacios. A veces estoy en la dermis superficial, y otras, en la profundidad del corazón de mis posibles habilidades. Mi galería de vocaciones es un laberinto porque la vocación en sí misma es un trabajo de introspección. La mirada interior, ya *de facto*, refleja el conocimiento sobre uno mismo, por tanto, buscar abre una puerta a la entrada del paraíso en donde la magnificencia del Yo se expresa a plenitud.

En esa instancia donde concebimos nuestro oficio procreamos una parte de nosotros. Cuando la vocación es nuestra, nos envuelve y no sabemos si nos encontramos adentro o afuera. La creamos y la destruimos, así, la vocación es como la vida: experimentamos con ella para entender como nos transforma. Por este motivo, sé que soy afortunada, a pesar de todo y de todos. Mi fortuna radica en la búsqueda; el vuelo de una inquietud. Aquello en aparente desazón es el trazo de muchas imágenes. Soy, como todos, la reinvencción de la vida. Cada día, cada nanosegundo al confrontar la realidad, esbozo la esperanza de encontrarme cada vez más cerca de la perfección de mi propia obra.

Existen trazos largos y cortos, y líneas ajenas y propias. Cada uno de nuestros cuadros reflejan el momento esencial que necesitamos vivir. Me encuentro en una galería incesante del oficio de existir donde mis espacios se retratan y sus lienzos me exhiben. ¿No es la vocación un espacio del existir?

OfrenDar

Es verdad, ofrendamos sin conocimiento de causa. Porque la ofrenda es un acto humilde. Qué manera tan poética de desvelarnos el sentido de la virtud. En ese aspecto, toda acción para con los demás tiene implícito un acto de dar, de *OfrenDar*.

Por ello afirmo, la ofrenda entonces, tiene esa cualidad de la humildad. Incluso el actuar por responsabilidad es un acto de ofrenda que se da en un macrocosmos. Me refiero a los actos hormiga que estructuran el desarrollo de una persona, una familia, una sociedad, un país, el mundo entero y en su naturaleza.

Yo he ofrendado en lo pequeño y en el macrocosmos del mundo también. Comienzo con el impulso vital hacia uno mismo, esos pequeños detalles que te levantan cada día y que te impulsan a seguir viviendo para construir vida.

¿Y qué he ofrendado yo? ¿Cuáles son mis virtudes?

Mi primera virtud a la vida —en tanto ofrenda es a virtud— es el construir un ser armonioso. ¡Todo mi ser para ella, es apoyo! Es una constante e imperiosa forma de estar con mi hija. Amo ser madre y moldear la vida de una pequeña. Desde el primer instante del encuentro con la maternidad, compaginas con la vida misma. Ésta es, hoy por hoy, mi ofrenda esencial.

Seguidamente se encuentran los demás, mis amores cercanos, mi familia, no podría funcionar si ellos se ven impedidos a hacerlo. Es el amor funcional.

Después de lo cual, y en ocasiones simultáneamente, se encuentran la oportunidad de ayudar a algún amigo, o al desconocido que transita casualmente por tu vida. Me siento bien ayudando en general, socorrer me permite engranarme con aquellos a quienes puedo acompañar y eso es vital para mí. Ya sea a mi madre en los quehaceres, a mis padres cuando están enfermos. También me entusiasma ayudar a mis sobrinos para que crezcan más completos y sanos, o regalando una moneda.

Otra de mis virtudes es escuchar, apoyar, construir si es necesario en lo físico. Una tarea escolar. Un abrazo si es necesario, también compartir un festejo. Dar un regalo, sea comprado o manufacturado con mis manos.

Comprender a las personas, sea cual sea su ánimo o su proceso, es una forma de comprensión del mundo, desde si me lo permiten. Una empatía se despierta en mí, la intuición actúa y desembrolla un problema emocional. No es fácil, a veces es lento, pero me doy cuenta que los encamino un poco hacia la claridad. Hace poco ayudé a una amiga, la cual estaba atravesando por una crisis de pareja. La escuché, expuse mi punto de vista desde el mayor entendimiento general. Esta parte de mí funciona para bien. No soy psicóloga, no soy experta, pero sé que puedo ayudar un poco porque se presenta en mí con claridad su conflicto.

Dar, no importa cómo se presente la ocasión.

Cuando las oportunidades se presentan las recojo. Siendo de este modo, puedo levantar el cuarto de mi hija, aunque sea su obligación, escanear un libro para mis compañeros de clase o darle forma a un currículum de mi hermana.

Para mí, dar es una forma de vivir. Desconozco si la vida me ha compensado con exactitud y en reciprocidad por mis actos. Sólo sé que, al recibir, soy parte de ese engranaje de esperanza. Ofrendar entonces, se convierte en un fundamento de la vida misma, por ello, el mundo funciona. Para mí *OfrenDar*, es la forma primigenia, el origen del bien y la estructura para cimentar una vida más justa en este mundo.

Por ejemplo, me gusta el trabajo manual, me gusta dar un regalo, me agrada ver la sonrisa de quien recibe. Pero también disfruto ver mi espacio físico limpio. Ahí estoy ofrendado hacia mi persona. Y en ocasiones, regalarme algo lindo porque me lo merezco, me apapacho, me doy a mí misma.

Otra forma de *OfenDar* para mí, es hablando. Platicar, conversar sobre algo comprendido; exponer mi punto de vista. Disfruto explicarle a la gente cómo funciona el mundo desde mi pequeño espacio de información: ya sea de política, de economía o de historia, incluso relacionar con un poquitito de ciencia o mezclar todo aquello que sea necesario para brindar así un panorama más amplio de la primera lectura del mundo. También los temas de consciencia están incluidos —sólo y si se presta la ocasión—. Me agrada saber que he abierto un poco el panorama. No sé mucho, pero lo poco que alcanzo a vislumbrar, lo dono al escucha interesado. ¡Desde luego, adoro que me aporten nuevas ideas! Dar, en contraposición de dar, no importa el sentido.

Y hablando de mi consciencia expandida, mi Amada presencia Yo Soy, ella sana algunas ocasiones —no sé que tanto y qué tan perdurable es esta acción, infiero, todo cuerpo mal cuidado necesariamente te lleva a la enfermedad—. Igualmente asiste a la naturaleza, abre el panorama de alguna mente e incluso converge en lo político. Yo misma me sorprendo de su actuar. No soy totalmente consciente de ello, sólo con posterioridad y no en todas las ocasiones capto su hazaña.

Ella, anidada en mí, o yo, en su materia vital, sustentamos el mismo objetivo: Dar. Confieso, en contraste con ella, me siento egoísta. Crecer, estudiar, trabajar, la casa, la hija, los padres, la familia, en fin, tal vez Jérica pudo haberlo mucho mejor. Admiro a esas personas altruistas que se entregan a una causa clara y fija, pero entiendo que existen muchas maneras de ser altruista. Percibo que la semilla de la compasión germina en ocasiones singulares; así como *la ocasión hace al ladrón*, del mismo modo, *la ocasión hace al filántropo*.

Habitaciones oscuras y ventanas de luz

La maldad, es lo que es; una puerta que se abre sin piedad. Por ello la maldad es ciega y destructiva, porque suele sorprendernos con su oscuridad. No puedo evitar hablar de la maldad sin dejarme llevar hacia el dichoso docenio de mis pesadumbres.

A mí, la maldad, me ha tomado por sorpresa entrando a una habitación oscura sin ventanas, sin aire y con olores de podredumbre. Y me refiero a la verdadera maldad; la maldad que se ara sobre la piel como un rasguño, aún a sabiendas del dolor que ocasiona. ¡Esa sí es maldad! y no puede haber otro tipo maldad porque no hay maldades tibias. Pero actuar a sabiendas que se devora el bienestar, la fortuna, la dicha; obrar y sin sentir el dolor causado; idear, mentir, violentar y ufanarse en la cochambre de la infelicidad del otro, eso, ¡eso sí es maldad!

Enjuta es la savia que se produce sin bien.

Serpientes gozosas devorando la hiel.

Del instinto rehén, un hecho a desdén.

¡Caen las cabezas sin forma y sin piel!

No existe la maldad sin el contubernio de la acción, ni la malicia nace de una intención vana. La maldad es sólida como la muerte, nada es irremediable a ella. Contundente, huele a perversidad, su sabor es agrio como la ignominia y su bajeza reptante envenenando los pensamientos y el alma. Aquél que empuña la ponzoña jamás se avergüenza; y es contrario del que se sonroja.

Por el contrario, no existe enemistad para el perdón. Si una persona yerra y su alma consciente logra vislumbrar con vergüenza sus emociones y sus actos, entonces, a esta pequeña y pura alma le sobra todavía *condición de humanidad*. En ella no se aloja la maldad, sino la acción creadora de una consciencia interna en ruta de aprendizaje. Darte cuenta de un pequeño daño, una omisión, un arrebató, la salida fugaz del egoísmo... todo ello, para luego recapacitar y pedir perdón. Así se forjan los códigos morales: con un pellizco en el corazón y la reflexión de nuestro comportamiento. Ahí no hay maldad, somos pre-humanos. Cuando fallamos, desconectamos el cable del corazón, nos alejamos del pensamiento sin malicia, minimizamos la potencia verbal y desvariamos la ética del acto.

Es fácil definirse entre no lastimar y desenvainar una espada de fuego. Aquellos que optan por lo primero, jamás mancillan su alma. Queda claro, la maldad no existe con bochorno, ella es pura en la impureza y rompe el cristal traslúcido de la inocencia.

Me devuelvo otra vez a la intención de este ejercicio. Infierno, pretende provocar y dibujar en nosotras, la cadena generacional a la cual nos hemos ligado como mujeres. Podría hablar de la larga lucha de género, cruzada hasta el día de hoy, sin término, y ya con nuevas adiciones. Vivir en un patriarcado, patriarcado como sinónimo de lo equívoco y de maldad: violaciones, feminicidios o invocaciones de lo ridículo a la mentada de: eres una *feminazi*. No importa cómo nos *determinen*, ¡nosotras somos determinantes! No podemos ser de otra manera, muchos siglos van: Tataratatarabuelas, abuelas, madres, hijas y nietas, nada es gratuito; mamamos la revolución. No hay generación perdida, no existe desperdicio porque la mejor lección es de calostro. Somos una teta enorme y sustanciosa en búsqueda del Paraíso. Desde luego, no ese Paraíso profano que nos cosifica.

Por otra parte, si este ejercicio es también un llamado alegórico a la caverna de Platón, podría internarme en mis experiencias, y después, en el reconocimiento de lo tangible que se desprende de éstas. Siendo así, me lanzo a mi memoria:

Al rededor del año dos mil, trabajaba en un periódico y como subalterno, había un chico casado, muy inquieto, al cual le era muy difícil seguir órdenes. Un día me fastidió habiéndole pasado ya muchas discordancias siendo yo su jefa. Se acabó mi paciencia y fui a quejarme a Recursos Humanos. Ahí me advirtieron de dos fallas anteriores a mi jefatura. Una tercera, y por reglamento, tendría como consecuencia su baja definitiva. Me lo advirtieron, y yo, no me detuve en pensar en las consecuencias y el daño a su economía siendo padre de un hijo. ¡No sabes cómo me arrepiento! Solamente la distancia y mi consciencia más madura me permiten analizarlo: mi impaciencia, la responsabilidad de mi cargo, aguantarle incluso que me contara sus correrías con sus prostitutas y a veces su mirada reprobable me cansaron, debí haber usado otras herramientas. Solamente era un chico inmaduro y yo no medí las consecuencias de mi rígida responsabilidad.

Esta es mi tiniebla, mi mayor daño. Me arrepentí al verlo a la salida del trabajo con su esposa atrás cargando a su hijo y sus ojos de odio. Traté de disculparme a mí misma, pero el peso de mi consciencia al paso del tiempo no soportó el análisis del mayor daño contra el menor de estos. Era joven no muy joven, espero con toda mi alma que haya podido reencausar su economía. Lo bendigo a distancia y le deseo el mayor bien, incluso un día soñé que lo ayudaba, que ayudaba a su hijo. En mi inconsciente, y espero más allá de mi inconsciente, su causa halla sido arreglada.

Finalizo. No soy una santa, pero sí que sé distinguir entre el bien y el mal a tiempo. Toda acción, toda emoción, todo pensamiento y toda palabra tienen sus límites y sus consecuencias. ¿Qué nos distingue de las bestias? —me refiero a las humanas— creo yo, la capacidad de reflexión. Esto implica abrir una puerta hacia la opción, mirar por una ventana hacia la luz y oler el candor de una buena acción. Sin importar que tan lejano o cercano se encuentre a nosotros el acto reflexivo, éste, siempre nos conducirá por el pasillo de habitaciones en donde habitan los mejores seres humanos.

Apuntes sobre mi espiritualidad (Filosofía de a Pie)

Me es muy peculiar este ejercicio, precisamente porque mi vida cambió por un rasgo espiritual. Para mí, la espiritualidad abarca todas las facetas de mi vida (y no me refiero nada más a la oración, la meditación o la pertenencia a). Antes de estos sucesos yo creía en Dios por haber nacido en una familia católica y asistía a una misa ya solamente en eventos sociales. En contraste, ahora me es imposible disociar las facetas de mi vida de la condición de la existencia de Dios a la misma vida. Soy una creyente por convicción, mi creencia deviene de la experiencia y mi fe, de la esperanza.

Para mí, lo divino y lo no-espiritual tienen un reflejo en la vida, aún si no me lo propongo. Si intento definir mi espiritualidad, diría que es como una arteria intangible por la cual circula una energía. Mantengo una huella de energía; algo parecido a un gen de un ADN no biológico que actúa en el ser humano. Por encontrarse esta energía en mí, concluyo que la vida misma sin importar su credo, religión, definición o postura de negación, mantiene un vínculo con la evolución de mi persona.

Ahora, lo divino, tiene que ver definitivamente con esta vinculación a su energía. Y ésta, a su vez, tiene una forma de actuar: va y viene en los pensamientos, las emociones, las acciones y las palabras. Como resultado de estas experiencias, mi cuerpo físico gradúa mi energía, y en algún momento, expandió mi Consciencia. Lo divino, no es intangible, es la pertenencia a una cualidad y una sustancia que puede experimentarse si este motor de la Consciencia se abre y se desarrolla. Y también puede experimentarse aún sin convocarla, porque los factores de pensamiento, acción, palabra y emoción, actúan, y al hacerlo, impactan sobre este desarrollo; así me sucedió a mí, se desarrolló, sin haberlo intencionado.

He clasificado cuatro esferas distintas de concebir lo divino: a) lo religioso y su dogma; b) lo espiritual; c) la magia y d) la negación de lo divino.

Dependiendo de mis decisiones, y sin importar en cuál esfera me desenvuelva, la energía se mueve. Su rango de acción va de una polaridad positiva a una polaridad negativa, o viceversa. Sí, como una pila, y en medio de esos dos

polos, se da la escala de grises por la cual transito a través de mis experiencias de vida.

Siendo así, defino para mí que lo cercano a lo divino, se encuentra del polo positivo y tiene la característica de ser lúcido; armonioso; y evolutivo hacia la fuerza del Origen. Por el contrario, lo no divino o el lado del polo negativo, es la confusión; el escamoteo y el timo; también fuerza, y por lo que supongo, un camino involucionado si su actuar y el tamiz de su frecuencia lo puedo sentir doloroso en mi corazón.

Me veo como a un ser humano en constante cambio y aprendiendo de su naturaleza. Un ser humano que decide sobre sus experiencias de vida, y como resultado de estas decisiones, la energía se mueve hacia un extremo del polo.

Intuyo, si deseo expandir mis experiencias conscientes por un camino evolutivo que se dirige hacia una Consciencia más efectiva, implica cuidar de mis actos, pensamientos, palabras y emociones. Me refiero a vivir en la textura de lo correcto, lo afable, lo bondadoso; en pocas palabras, no hacerme ni hacer daño. Es una fórmula sencilla de plena libertad y no moralista en tanto que su acción radica en los valores que construyen. Creo, como consecuencia de lo correcto (según sea cada circunstancia), mi energía transita hacia alguno de estos polos, positivo o negativo, y esto, me permite entrar al conocimiento y la expansión de una Consciencia. Agrego, transitar hacia el polo opuesto conlleva también transformaciones: la vida es una lucha de contrastes.

Para concluir, mi Consciencia subyace en toda mi experiencia de vida. Mi capacidad para negar o creer en ella, radica en la libertad de aceptar percepciones más allá de mis cinco sentidos.

Yo he permitido darle veracidad a mi Consciencia, y desde ahí, formularme una nueva postura sobre mi relación con lo divino. Todo partió desde una realidad completamente desconocida para mí, por ello concluyo que la espiritualidad es la expansión del conocimiento sobre nosotros mismos, con o sin el toque espiritual. La Consciencia y la energía existen y se mueven, así que este motor me permite realizar transiciones y evolucionar mi mente.

Mi punto de llegada es

Una especie de autodescubrimiento no consciente, lo que quiero decir es: todos los ejercicios liberaron algo de mí, pero también me permitieron reinventarme. Creo que muchas experiencias no pude haberlas recordado tal cuál, pero el mero hecho de haberlas atajado en el recuerdo, me permitieron reinventarme.

Lo cual, no es necesariamente malo o bueno, sino que es la manera en la cual me he recogido, me he devuelto a mí misma en un autodescubrimiento no del todo planeado, no del todo real y no del todo certero.

La única certeza es, que estos ejercicios vinieron a mí como una compañía de mi misma. Acompasaron la retórica de mi consciente y viajé con ellos hacia la alteridad, la otra que estaba ahí en espera de proyectarse hacia fuera.

Fue la otra, aquella, la que siempre estaba callada la que se expresó; se dejó escuchar en medio del ruido de mi vida corriente.

Viajé hacia mis vacíos, sin saber que ya se encontraban llenos... hartos y rebosantes, gritaban mis oquedades para ser vaciados. Y fue con este taller que me giré al escucharlos. Me vi a mí misma dentro de mí misma, en la profundidad de la palabra.

La palabra fue la voz de mi intimidad, se me devolvió para dibujar mi alma y la pude ver tal cual soy. En un inicio estaba "hecha bolas"; ahora me encuentro desmadejada, más limpia y más serena. Inicé estos ejercicios con un grito y un llanto reprimido, ahora soy un llanto envuelto en mar, un llanto diluido por el abrazo del movimiento que mece la paz.

La mar conduce, te impulsa, y yo; solamente me dejo llevar como un pez. Desde luego me falta reiniciar mi libro, ese proyecto que me impulsó adentrarme en Demac. Ese proyecto es largo. Es pesado, empero, me queda la seguridad de estar en el océano correcto, mucho más liberada y confiada para expulsar, incluso vomitar la entraña... (me río).

Escribir esta extraña autobiografía, fue introspección pura. Dirigida desde la psique; un volcán. Caliente por dentro y a punto de la erupción. Por ello mismo, reconozco la oportunidad de vida, por haberme colocado en el camino de este taller.

A ti, mi querida Citlalin, te agradezco la paciencia que tuviste al leer el desgarrate de mis palabras, imágenes y conceptos, y enseñarme al mismo tiempo, un camino más sencillo para expresarme. Gracias por no “hacer la chamba solamente”, reconozco la empatía al haberte involucrado con mi desafío de escribir un libro. Además, ese ir y venir de respuestas, sostuvo todo el esfuerzo de sumergirse en los ejercicios.

Ejercicios que fueron todo un desafío al voltearme de cabeza y provocarme la mirada hacia dentro. También, implicó un reto detenerme en un momento de mi vida o tocar un tema jamás planteado. Y como si fuera poco, cruzar este río acompañada por un alma lúcida, una compañera de camino que, siendo mujer, entiende el mismo lenguaje de la vida.

Agrego, me siento más sabia de mi persona, y más fuerte porque hallé la muñeca que estaba perdida en un rincón de mi niñez; tuve encuentros con mis pasiones de vida adolescente; ah, y también me asomé en tiempo presente a mis temores, y lo más importante, mis fortalezas. ¡¡Tengo gratitud a toda la propuesta del taller en su conjunto!!

Jésica Segundo

Jueves 19 de septiembre de 2019, en el siglo XXI

Ciudad de México